

FIESTAS DE PRIMAVERA EN HONOR DE SAN MARCOS



Beas de Segura
(Jaén)

ABRIL 1.990



Antonio Cuadros García



Biografía

Nace en Beas de Segura en 1.948 y su infancia transcurre entre el Paseo, los canales, las balsas de los alrededores del pueblo y el Colegio de la Divina Pastora, en la Villa, donde recibe sus primeras enseñanzas. En el Colegio San Fernando realizó el Bachiller Elemental y como alumno libre, y a pesar de sus problemas de visión, termina los estudios de Magisterio bajo las enseñanzas de maestros como D. José Cuadros y D. Salustiano Cano.

En 1.970 aprueba las oposiciones e inicia su carrera docente en Barcelona, donde permanece hasta 1973 impartiendo clases en distintos colegios de nueva creación e impulsando la formación de asociaciones de padres, de alumnos y de vecinos en distintos barrios de la ciudad. En 1.974 se traslada a Arenys de Mar, donde participa en la creación de cooperativas escolares y agrupaciones artísticas infantiles, y en 1.977 se establece, ya con carácter definitivo, en Torremolinos, donde continúa compaginando la enseñanza, el movimiento asociativo – Federación de AMPAS de Málaga, Peña de San Marcos de Málaga, etc– y actividades culturales diversas.

En 1.990, y debido a sus problemas de visión, obtiene la jubilación como maestro, siendo su centro – el Ciudad de Palma de Mallorca – pionero en el Proyecto de Integración de Alumnos con Síndrome de Down supervisado por la Universidad de Málaga (Profesor Melero). Además de a la enseñanza, Antonio se ha dedicado en cuerpo y alma a la música. Las primeras enseñanzas las recibió de músicos locales como Pedro Millán, José María “el Sacristán”, Francisco Moreno, Felipe Flores y Carmen Segarra, quien lo animó a iniciar los estudios musicales en el Conservatorio de Jaén y continuándolos en el Conservatorio Superior de Música de Barcelona donde cursa solfeo, coral, armonía, contrapunto y saxofón.

Ha ayudado en la recuperación de los Cristos y ha recopilado varios villancicos autóctonos de Beas. Es autor de diversas composiciones, entre ellas los que denomina pasodobles sanmarqueros por ser descriptivos de las Fiestas de San Marcos; cabe destacar el pasodoble “La Briega y la Rabota”, dedicado a la peña sanmarquera del mismo nombre y como reacción contra el intento de prohibición gubernativa de San Marcos en 1.992, y que ha sido incorporado al repertorio musical de la Banda de Música de Beas de Segura.

Antonio mantiene una intensa actividad, a caballo entre Torremolinos y Beas de Segura, participando en actividades culturales y en cuantas asociaciones reclaman su colaboración, sintiéndose agradecido a todas las personas que enseñan lo que saben.

PREGÓN

“SAN MARCOS Y MI PUEBLO”

Paisanos y amigos: vaya desde aquí un saludo sanmarquero, junto con un sincero agradecimiento a la Junta Directiva de nuestra Hermandad por haber pensado en mí como pregonero de las que sin duda alguna, y por los elementos que en ellas confluyen, son las más grandes fiestas de nuestro pueblo: LAS FIESTAS DE SAN MARCOS.

Quiero agradecer a Don Salustiano, sobresaliente pregonero del año pasado, los elogios que me ha dirigido. La verdad es que son fruto del aprecio, pues le recuerdo con cariño desde que yo vivía en la esquina del Callejón de la Risa, donde, además de buenas relaciones de vecindad entre la que hoy es su familia y la mía, siempre ha habido y hay una estrecha amistad que ha conllevado una correspondencia de mutuo afecto. Siempre le llamo Don Salustiano con el profundo respeto y cariño para el que fue uno de mis maestros y porque, para mí, representa la figura, que además de pertenecer a una peña sanmarquera como la que más, honra a aquellos profesionales que con su trabajo diario han hecho y hacen posible el que muchos de nosotros y nuestros hijos salgamos adelante. Mal haría, y precisamente yo, si en una ocasión como esta no dijera públicamente que nuestro pueblo debe sentirse orgulloso de tener hijos como él.

Paisanos y amigos: Como cada año, vamos pasando por el Pregón gentes que amamos a Beas y nos identificamos con la Fiesta. Este año me ha tocado a mí, uno de tantos; mañana, cualquiera de vosotros tendrá que hacer lo mismo. Y creedme si os digo, que cuando uno se sienta para intentar plasmar en el papel “aquello” que se lleva en lo más profundo del alma, de forma instintiva comienzan a afluir recuerdos de hechos vividos que te transportan hasta el propio ancestro y, transformándose en hondos sentimientos, hacen que te tengas que levantar más de una vez de la mesa con el vello de punta, no encontrando palabras para poder expresarlos de una forma real. Pregonar San Marcos es un deber que todos los “Hijos de Beas” tenemos que cumplir a lo largo de nuestra vida por cada lugar donde vamos residiendo, pero cuando, como en este caso, se trata de hablar de nuestra Fiesta a los propios sanmarqueros y en el lugar que la vio nacer, el pregonar San Marcos representa una gran carga de responsabilidad. Porque... ¿Qué voy a decir yo que vosotros no sepáis? ¿Qué palabras utilizaríamos para establecer una comunicación verdadera sobre “Algo” que a todos nos pertenece? En estas circunstancias, el silencio y la reflexión nos suelen aportar las mejores reflexiones. Ayudadme, pues, a compartir la ilusión y la carga que este acto representa, pensando que cada uno de vosotros está aquí y, sintiéndoos conmigo pregoneros, anunciaremos juntos el mensaje de nuestras generaciones anteriores, pues San Marcos, por ser la figura principal, ya está con nosotros. De esta forma,

hombres y mujeres de Beas, simpatizantes y amigos, seguidme con el silencio y la mente; despertemos nuestra imaginación para penetrar en el recuerdo de lo vivido y ser protagonistas de lo que es nuestro. Reflexionemos juntos, de la misma forma que juntos participamos en la Fiesta.

El amigo que hoy os representa se ha puesto, en aras a la autenticidad, lo que para él son sus mejores galas sanmarqueras: un sombrero de paja y la camisa que durante casi 20 años viene acompañándome. Por ello, y porque es así como me conocéis en la Fiesta, me siento obligado a llevarla conmigo.

No es mi intención remontarme a los orígenes históricos de la Fiesta, parte fundamental que pienso ha sido suficientemente divulgada. Utilizaré nuestro sencillo lenguaje con orgullo para pretender realizar un tímido intento de aproximación a lo que pudiera haber sido algo del proceso de transmisión de lo que todos, de una forma u otra, hemos “mamado” sobre San Marcos, que está encarnado en nuestra manera de ser y, por tanto, forma parte de nuestro “Patrimonio Cultural”. Así, los más jóvenes, comprobaréis que la esencia de la Fiesta sigue siendo la misma, y los amigos y simpatizantes que estos días nos visiten podrán tener puntos de referencia para integrarse con nosotros. Me dirigiré a ellos a sabiendas de que muchos aún no han llegado, pero como el mensaje queda, puede que si alguna vez lo escuchan, logremos que comprendan un poco mejor el por qué de los esfuerzos que se hacen por cumplir con la obligación anual de asistir a la “cita”, acudiendo a la llamada de nuestro Pueblo. Después, dentro de lo que un pregón permite, haremos un recorrido por lo más significativo del San Marcos de estos tiempos. Comencemos.

Dice la “Leyenda” que allá por la Primavera y al anochecer de un 23 de Abril, en todos los hogares del pueblo de Beas de Segura, se decía: ¡Hala, Venga! Vamos a preparar las cosas, que esta noche, como siempre, iremos a dormir a lo de los abuelos. Mañana traen los toros de San Marcos y desde allí los veremos; además, tan pequeños, no podéis salir a la calle pues os pueden “amorcar”. A pesar de nuestra corta edad, veníamos notando que nuestras casas llevaban alborotadas bastante tiempo. Nuestras madres, tías y abuelas, iban y venían del horno sin parar; traían grandes latas de hornazos, tortas “dormías”, de garbanzos y de cañamones. Entre viaje y viaje tardaban mucho tiempo y, cada vez que regresaban, venían muy alegres y dispuestas, contando chascarrillos y anécdotas que les sucedían. Detallaban historietas de costumbres de años inmemoriales correspondientes a los tiempos de nuestros tatarabuelos, de cuando “Madre Toña” y otras mujeres arrogantes y valientes desuncían y adornaban a las vacas de sus numerosos hijos y, si era menester, las toreaban. Sonaban nombres de familias como Murcianos, Conejos, Lentisquinas, Cuadros, Mota, Ramírez, Punzanos, Rosales, Retamas, Tobones, Seguras, Galones, Silleros, Lanas, Gurillos, Carderas, Garcías, Jiménez, Juaicos, Niños, Bravos, etc.

Del tiempo de nuestros bisabuelos decían que mujeres como Ana Dolores, vestidas con elegantes trajes de la época, de aquellos de larga falda con

amplios pliegues y mangas de “jamón”, adornados con finos encajes, bajaban de sus casas de la Plaza Nueva para embellecer también las reses de las “cuadrillas” de sus familiares. Eran los tiempos del “cuerno del aguardiente”. También les oíamos comentar que en tal o cual casa se estaban dando las últimas punzadas a las ya insinuadas obras de arte, donde el colorido y la maravillosa artesanía del bordado han puesto de relieve la delicadeza, el gusto exquisito y la originalidad como grandes cualidades de nuestras mujeres para, dentro de la sencillez, ser capaces de crear verdaderas piezas de museo como son los aparejos y frontiles con que engalanan al toro o las vacas de sus maridos, hijos, nietos o novios. Eran pues los hornos, el Mercado de Abastos, o mejor dicho “La Plaza”, comercios y talleres de costura, lugares que daban salsa a nuestras mujeres.

Los hombres también se organizaban; unos llevaban días por los cortijos buscando el ganado; otros haciendo barreras o disponiendo corrales, patios y cuadras. Otro grupo solicitando el permiso para la realización de la Fiesta que, como bien sabéis, a veces pasó por momentos muy difíciles. Algunos, hacía días que con mucha ceremonia habían subido a las cámaras para poner a punto aquel que para nosotros era el Viejo Collar. Bien lo conocíamos, porque antes de que diéramos los primeros pasos el abuelo lo había sonado para nosotros y ahora recordamos que años después, siendo aún niños, lo descolgaba con lentitud y, mirándolo fijamente, nos decía: “este collar de tres hileras y con la campana “gorda” era de mi abuelo. ¡ Toma nieto, suénalo! ¡ Viva San Marcos!”.

Las cuadras estaban vacías, sólo con agua y hierba. Al entrar en ellas parecían decirnos que estaban orgullosas y prestas para recibir al nuevo inquilino. Las puertas, todas abiertas; si algo se estropeaba, los abuelos decían que San Marcos proveería.

Ese ambiente que vivíamos nos hacía pensar: ¡Ya llega!, ¡Ya llega! Por fin, se acercaban los días que tanto estábamos esperando, pero no nos dejaban salir solos para corretear por las calles. Esta noche del 23 no conciliábamos el sueño y pasaba por nuestra mente la película del largo tiempo de espera. Pues, desde que el Pueblo se concentraba en la Parroquia y hacía sonar los collares dando muestras de júbilo ante la Resurrección del Señor tras la Semana Santa, ese Domingo de Resurrección, después de la Procesión, los mayores se reunían para tratar temas organizativos de la Fiesta e iban con burros a probar vacas al “Cornicabral”, nosotros teníamos preparados unos buenos “cuernos” que nos proporcionaban los “sanmarqueros” Meregildo, Pedro y Teresa —“los del Matadero”—, Juan Higuera o Los Chilancos. Nos habíamos hecho de una cuerda y un collar y no parábamos de “jugar al toro” hasta este mismo día 23; seleccionábamos a los mejores corredores y les dábamos el nombre de los más bravos, practicando todas las suertes sanmarqueras. Tratábamos de imitar lo que tantas veces habíamos visto hacer desde que teníamos “uso de razón”.

Dando vueltas y vueltas en la casa pasábamos la noche del 23 y la madrugada del 24, no dejando dormir a nadie, como “zurribulles” que éramos.

Al amanecer, la casa estaba llena de gente. A muchos, ni conocíamos. Todos los que entraban y salían compartían muchas risas y bromas, que reflejaban un ambiente sano y alegre. Los balcones, parecía que iban a caer con el peso de tanto espectador; hasta los tablones que ponían entre ellos estaban completos. Los niños, sentados en una silla pequeña con una “torta dormía” en la mano, esperábamos impacientes la llegada de las reses. Al grito de ¡ya vienen, ya vienen!, nos poníamos de puntillas, apoyados en la barandilla baja del balcón con el corazón palpitando.

La llegada del “par” era toda una ceremonia. Un “hombre mayor” que traía una vara grande en la mano, a modo de Patriarca, venía delante; llevaba unas alpargatas de cáñamo, como las nuestras, de esas de cintas que acabábamos de estrenar; sus pantalones eran de pana, ¡igual que los del abuelo!, y también llevaba puestos un blusón y una gorra. Tras él venían dos enormes vacas uncidas por el ubio y con “muchas cuerdas en la cabeza”, querían separarse, pues parecían nerviosas. El “Hombre” les gritaba con voz de mando para tranquilizarlas y los animales le entendían. Nos decían que él las había criado y domado no sólo para su trabajo, sino que su gran ilusión era traerlas y que fueran las mejores de la Fiesta. La comitiva se paraba generalmente en la plazoleta de la “puntabajo” del Paseo. Unos metros más arriba de lo de la Carmen “la sillera” y Luis García, mis queridos abuelos a cuyas memorias dedico esta parte del pregón. Había todo un pueblo de sanmarqueros alrededor. Llamaba especial atención desde el balcón aquello que parecía un “entoldado de gorras”. Al terminar de desuncirlas, y no con muchos hombres en la soga, “el Hombre del Bastón” les quitaba el ubio, y la bravura de las vacas sembraba la polvareda entre el gentío. Una vez encerradas, corríamos a las ventanas que daban al patio, y nos pasábamos las horas muertas observando y contemplando aquellas estampas llenas de belleza; contrastándolas con la bravura de su casta, cuando nos hacían correr asustados al apoyar las patas en la pared y llegar hasta la reja donde estábamos con el trapo que antes habíamos atado a un palo.

Son testigos de nuestra infancia el Parque, la Plaza del Sagrado Corazón y Los Portalillos, todas las calles del pueblo y su alrededores, incluidos los canales y las balsas de Cardera y Bartolo, ya que, como niños que vivíamos una infancia plena, “todo lo andábamos”. Pero sobre todos los lugares, sin desmerecer ninguno, los mayores testigos de nuestra infancia fueron los viejos álamos del Paseo antiguo. Allí, metidos en los grandes huecos de sus enormes troncos, tras haber “zapateado” el Paseo jugando a todo lo habido y por haber, hacíamos volar nuestra imaginación que nos transportaba a un mundo de ensueño. El álamo más viejo, aquel que estaba situado justamente frente a la carpintería de nuestros queridos Lola y Lorenzo Ramírez, y al que trepábamos por su interior para coger setas; el que tenía algunas puntas de sus ramas algo “chuscarradas” por los humos y “andrajos” escapados de las “romanizas” que

ardían en las “luminarias” encendidas en las noches de las vísperas de San Antón, la Virgen de la Paz y la Candelaria.

Ese viejo álamo, seguro que nos podría hablar de muchos San Marcos; de... como el hombre y el toro, tras recorrer la marquesina y el quiosco de madera, jugaban al esconder alrededor de su tronco y en el de sus hermanos, los demás álamos. Él también nos relataría con detalle las acrobacias circenses ocurridas en las barbacanas. Es muy probable que con la altura de sus ramas, allí desde las copas, cumpliendo su misión de fiel guardián, pudiera divisar como nuestros abuelos venían de vez en cuando al balcón y nos hablaban; y como dicen que “el diablo sabe más por viejo que por diablo”, el viejo álamo sabía que nos estaban explicando cada uno de los actos que a lo largo de la Fiesta se estaban sucediendo. Observaría que la mirada del abuelo podía más que la nuestra y la esquivábamos, pero con el rabillo del ojo podíamos ver de soslayo las arrugas que con el paso del tiempo habían marcado su rostro, que pasaba de la seriedad a la alegría según el significado de lo que nos estaba transmitiendo; sonreiría cuando estábamos “espatarrados” en las rodillas del abuelo con los bigotes llenos, aún, del azúcar de la “torta dormía”. Y aquel álamo se llenaría de gozo al vernos, tan pequeños, muy callados, escuchando con gran atención aquella voz emocionada y llena de ternura. En estos años nos quedamos atónitos al comprobar que nuestros mayores, sólo con el gesto y la forma de expresarse, nos estaban haciendo realidad el “legado” de sus antepasados que nosotros estábamos viviendo aquellos días.

Amigo o simpatizante que has venido a estar con nosotros y compartir la más arraigada de nuestras muchas tradiciones. Creo que si antes o después reflexionas sobre el mensaje que este humilde pregonero intenta anunciarte, comprenderás con rapidez el motivo del insistente, y casi diario, afán que tus amigos, con los que convives en tu pueblo o ciudad, hemos tenido para que vinieras. Mis palabras te traerán recuerdos de infinitas conversaciones mantenidas con ellos, que a veces te habrán podido parecer cansinas o algo fanatizadas. Pero tengo la seguridad de que el motivo de tu venida ha sido porque creíste en la sinceridad de sus manifestaciones. Cuando las compruebes mediante la realidad que vas a vivir, pienso que estarás conmigo en afirmar ¡que los “Hijos de Beas” y sus descendientes llevan impreso el sello de San Marcos en sus corazones!. Es, por lo que estando lejos de su tierra, la sangre sanmarquera corre por sus venas; a unos les ha llevado a agruparse en Peñas, y otros, en grupos de amigos o por su cuenta, trabajan por sí solos. Así es como San Marcos nombra a sus “Embajadores” y los tiene repartidos por toda la Geografía. ¡Sal y verás como en cualquier lugar donde pongas tus pies, allí, habrá un sanmarquero!

Nos llena de orgullo y satisfacción el recibir a nuestros hermanos con un abrazo fraternal de bienvenida, a la vez que les rendimos honores desde este su Pueblo, porque con su esfuerzo, individual o colectivo, engrandecen nuestra Hermandad y nuestra Fiesta. Y yo te digo, en presencia de mi Pueblo, que si en

tu caso, el viaje ha podido ser hasta muy largo, verás como bien merece la pena. Aún más, si has venido acompañando a alguno de estos “Embajadores” de Nuestra Tierra. La euforia creciente del viaje te habrá contagiado; al llegar a la “Ventilla” nos hemos visto obligados a parar, deseosos de echar un trago para refrescar el “gaznate”, intercambiar noticias con las generaciones sanmarqueras descendientes de Francisco y Lorenza, y ver el ganado que para la fiesta tienen en los corrales. Pero nos hemos puesto en marcha con gran rapidez, ya que el impulso que nos guiaba durante el viaje ha ido en aumento, convirtiéndose en una voz que suena muy cercana y, de forma pausada y continua, nos llama con gran fuerza diciendo que continuemos. En la misma curva la voz se ha hecho realidad. Una mujer nos saluda haciéndonos estremecer. Es la Madre Teresa de Jesús que, con su imagen impasible ante las inclemencias del tiempo, nos está esperando para darnos un cordial y caluroso recibimiento, como primera Pregonera que es. Ella nos indica que nuestro largo trayecto está muy próximo a finalizar.

Así ha sido. El camino nos ha conducido a un fértil valle que, abriéndonos los brazos a través de las blancas casas de las calles de sus laderas, nos ha hecho penetrar en él por la arteria principal sanmarquera del Angosto para darnos cobijo en su corazón: El Paseo.

¡Hemos llegado! ¡Estamos en el pueblo de Beas de Segura!, el pueblo donde nacimos y del que tanto nos has oído hablar. Al pregonero le faltan palabras para describírtelo; pero si quieres hacerte una ligera idea, recórrelo y, después, sube a uno de sus muchos lugares estratégicos, donde la contemplación del paisaje, y del pueblo en sí, te hará encontrarte contigo mismo y, lleno de paz y de sosiego, pronunciarás estas palabras escapadas de tu boca: verdad es que estoy en uno de los lugares de la Tierra que es necesario conocer.

A los cuatro vientos sigo anunciando que las gentes de este maravilloso lugar son alegres, sanas, sencillas y, sobre todo, generosas y pacíficas. ¡Y no por casualidad! El sitio escogido para el asentamiento hace que el hombre ame y se sienta unido a la Naturaleza. Esta, como premio, le ha hecho poseedor de sus mejores dones, habiendo grabado su alma para siempre con la grandiosa huella de la Paz. De esta forma generosa es como la Madre Tierra agradece a los hombres y mujeres de estos benditos lugares su dedicación laboriosa e infatigable al trabajo y cuidado del más preciado de sus símbolos: “el olivar”, Galardón de la Paz que ha venido arrojando parte de nuestro viaje; y por ello, no en vano, el pueblo de Beas tiene una especial devoción a su Patrona, la Virgen de la Paz, a la que dedica otra de sus más queridas tradiciones.

En el trato con nosotros, durante la Fiesta, quizá pueda turbar tu pensamiento la tosquedad, cierto empecinamiento, aparente falta de sensibilidad, sólo se bromea, etc. No cabiles demasiado, pues no has venido para eso. Esta conducta forma parte de nuestro ancestro, es muy particularmente nuestra y constituye una parte importante de lo que has venido a ver y compartir. Por eso, nada ni nadie nos la podría arrebatarse ni cambiar,

pues no lo consentiríamos. Si eres inteligente, cosa que así creo, admírate de cómo te reciben y te ofrecen lo que tienen; corresponde a tu manera y participa. Así llegarás a profundizar, comprobando por los hechos, que no por las palabras, como tras ese comportamiento que parece superficial, hay excelentes personas, llenas de rica y sensible espiritualidad natural. Por algo este idílico rincón, como sabes, sirvió de inspiración a la obra poética, universalmente reconocida, de San Juan de la Cruz. Con estas bases podrás sacar conclusiones mejor encaminadas y que te llevarán a ser otro hermano sanmarquero.

Amigos: Por fin termina nuestra larga espera de un año: ¡Ya estamos en San Marcos! Nuestras casas están alborotadas y los horarios se verán rotos por inercia, si es que algunos no lo están ya. Collares y sogueros a punto, junto con algún que otro aparejo o frontil. Barreras y balcones esperan a la gente. Las reses tienen también su sitio dispuesto. Tarea cada vez más difícil debido al proceso natural de adaptación de los medios de vida; si bien es digno de aplauso sanmarquero el hecho de que familias como Rosales-Muñoz, Lentisquinas, Carderas y la de Concha la “Calderera”, nos han venido dando ejemplo de perpetuar una tradición disponiendo parte de sus casas para lugar de encierro.

Grupos de amigos, y no pocos particulares, habéis cuidado a vuestras vacas durante todo el año con el empeño y la ilusión puestos en que éste sea su mejor San Marcos. Los animales lo saben y tratan de corresponder. Por eso, desde el comienzo de la Primavera, están oliendo la fiesta para la que han sido destinados, y, en las noches de luna, arremetiendo contra las sombras, braman con la cabeza en alto para decir: ¡Amo, llévame al pueblo, que los sanmarqueros me esperan!

Los que serán nuestros “hogares” durante estos días están atiborrados de toda clase de bebidas y comida con las que repondremos fuerzas. Las “Peñas” tienen preparados sus “tinglaos”, donde el buen humor que las caracteriza les hará montar los consabidos jolgorios. Ellas constituyen “la madre” de nuestra celebración. Por tanto, elregonero, en su oficio, las anuncia para conocimiento de todos y del público en general. Saludemos a las pandillas y Peñas de Los Intocables, a Los Viejos pero Duros, a los de La Esquina, a la de Pepe Niño y D. Manuel Cuadros; a Hermelando, Ramón, Leopoldo y su pandilla; a la de Pedro Antonio, a la de Maza, Felipe y Paco “ el sillero”, a Los Mismos, a la de Agustín y los Pinedas, a la de Juan Martínez, Pepe “Butano”, Antonio y Núñez, y a Elio, Adolfo y los suyos. Les daremos la mano a los de La Presa, a Los Pedros, a Los Largos, a la Peña de la Briega y La Rabota, a los grandes de la Peña de la Resaca, a los de la Pajarraca y al sanmarquero Manolo Cuadros. Echaremos un trago con los de la Peña del Cubalibre, con los del Cuerno, con la Cuadrilla del Colas, Los Conejos, los Tobones, los del Rosco, los del Toledillo, la Peña del Globo y los de la Televisión. Sigo saludando a los Chichi, a la Peña del Trajín, a los Pililas Boys, a los de Vamos al Toro, a los de la Erilla del Sol, con “Jabonero” y la Estrella, a los Tito Totito Toti, a las Abuelas, a la Peña de Hornos, a los

jóvenes sanmarqueros representados por Seba Galones y a la Cuadrilla de la Muerte. Damos la bienvenida a nuestros hermanos de las grandes peñas de Rosas, Torroella, Hospitalet, Benidorm con sus músicos, y a mi buena gente de Málaga. Por último, con Los Cantamañanas, haremos un paseíllo para saludar a los de las gradas y balcones, a la vez que el pregonero pide disculpas a los que estando "organizaos" no hayan sido "nombraos", pero los agruparemos en la Peña más numerosa, La Peña de los Esturreaos, que no nos encontramos en ningún sitio y estamos en "tos laos".

En estos días que sirven de umbral al 24 y 25, calentaremos motores para cumplir cada uno con nuestro papel. El 23 por la tarde, los niños no tendréis que soñar con haceros mayores, sino que veréis satisfechos vuestros "toreros deseos" en el San Marcos Chico, idea genial que hace cantera, donde pondréis de relieve vuestras habilidades innatas. Los padres, pendientes y algo renegones, con la lógica natural, al final diremos: ¡Hay que ver, estos chiquillos no lo pueden remediar, son como sus padres!

El día 24, tras la noche de baile y la gran chuletada mañanera, de la que uno de sus pioneros fue la peña de Paco Montoya y Ramón Bueno, nos iremos arremolinando en la explanada de Postaeléctricas. Los tendidos ribereños del otro lado del río y los palcos, con árboles incluidos, estarán hasta la bandera. Liberio, que trae una vaca, y Joaquín Darío preguntan a uno de los infinitos corrillos que conversan en la explanada donde se encuentran Germán Monterilla, Los Usos, Alfonso el Arriero y Juan Antonio Cañones, que charlan con los de la Plazuela y la Villa: ¿No os parece que están tardando mucho? No, hombre, ya sabéis que entre que los atan y demás... Las primeras noticias vienen de Paquillo "Oveja", Wenceslao "el Pastor" y Pedro Ángel, que recién llegados del embarcadero susurran con algo de misterio: " No digáis nada, pero hemos estado hablando con el mayoral y dice que entre los toros viene un semental que pesa casi 700 kilos y lo han tenido que vender porque nadie se ha atrevido con él, ha corneado a varias vacas y se ha escapado muchas veces rompiendo la puerta del corral". Viene en el primer cajón y hasta el mayoral le teme, dicen algunos miembros de la Junta, que acercándose aseveran lo que se estaba diciendo. Entre éstos y otros muchos comentarios se oye un griterío: ¡Ya viene el camión, ya vienen los toros!

Situado el camión, que viene de gente hasta los topes, las "cuadrillas" se preparan para ir cogiendo los sogueros y la gente empieza a esclarecerse para ir al sitio escogido. Algunos intentan subir a lo alto del camión, pero quedan colgados en sus laterales ante las regañinas de los de arriba y las renegaeras de mi buen amigo Eusebio "el Conejo" que dice: "¡Eh, tú, barbas, o como te llames! ¿No veis que esto se va a hundir? ¡Abajo!, ¡Venga hombre, abajo!" Entretanto, la primera compuerta del camión empieza a subir. Al menos va por la mitad cuando un estruendoso e infernal ruido mueve y retiembla el camión, haciéndola subir vertiginosamente, al tiempo que saltan algunas astillas. Un ¡ahí va!, escapa del personal que se asombra al ver aparecer una enorme cabeza,

coronada por dos espeluznantes cuernos, que mira con gran rapidez a un lado y a otro para enterarse. Mucha gente lo llama, pero el toro, en uno segundos se ha fijado. Un joven sanmarquero, que sólo lleva la gorra en la mano, se ha adelantado situándose en medio de la explanada; levantando los brazos y dando rítmicos saltos con la punta de los pies, ha llamado su atención; con una ronca voz, que alterna con silbidos penetrantes, lo desafía, plantándole cara y se ha quedado con él. El silencio invade a la muchedumbre y la respiración queda entrecortada en palcos y tendíos, cuando el Toro Padre, como un rayo, acepta el desafío y se arranca como una “exhalación”. Los del soguero le dan toda la cuerda, como conocedores que son de esta suerte a la perfección, y el enorme semental, sintiéndose suelto, se crece, empujando el rabo, fijo en el “Hijo de Beas” que le espera clavado en el suelo como un poste, entre el “chillerío” de los espectadores, que gritan al ver al toro muy cerca y al valiente sanmarquero que, inmóvil, lo llama aún más fuerte para mandarle. El de más de 600 agacha la cabeza seguro de su embestida, pero el amigo de San Marcos, con un ademán hacia un lado, engaña al noble y fiero astado, desplazándose con un rapidísimo movimiento al lado contrario. El corniveleto y astifino levanta la cabeza, desorientado, al embestir al vacío; no cayendo al suelo porque otros muchos jóvenes, de sangre torera en San Marcos, estaban preparados para llamarlo y , haciendo con él miles de filigranas en medio de ensordecedores aplausos, han evitado su caída, llevándolo después a su lugar de encierro.

Tras la algarabía de la tarde y el trajín de la verbena, a parte de algún que otro número en los caballitos y demás cacharros del ferial, echaremos unos churros charlando con José el “buñolero”, al tiempo que recordamos a nuestra amiga Librada. Explosiones y destellos que no cesan nos harán espabilar de los efectos de los cubatas y del cansancio. Tenemos que salir a la calle. Hay que divertirse desde muy temprano. Es el Día Grande, es el 25 de Abril! Día de San Marcos! Por eso, tenemos que levantar a todo el mundo, incluso a los que acaban de acostarse. Para ello, nada mejor que la música acompañada de bailes y saltos, que anuncian el abrazo común de un Pueblo en su despertar: LA DIANA comienza.

Desde la puerta del Ayuntamiento, donde nos concentramos, haremos el recorrido habitual. Trompetas, trombones y friscornos, acompañados de melodiosa flautas, oboes, clarinetes y saxofones, adornados por los vistosos floreos de requintos y flautines, serán fuertemente contrapunteados por bombardinos y, al ritmo de tubas, bajo, caja, bombo y platillos, harán despertar al vecindario de una forma placentera. Si no es así, serán aporraceadas las puertas de los más perezosos hasta hacerlos levantar. Entrelazados con los brazos por encima de los hombros, saltaremos adelante y parados, al compás de la música “verdadera” de la diana. No está Pedro “el zapatero” con el trombón, ni Remigio “el del bombardino”, ni Manolo “el carpintero” con el bombo; tampoco tocará los platillos Ángel “el hojalatero”. Sus compañeros de inolvidables dianas, de cuando nos escapábamos para salir a la calle, ya no

tocan; pero su “semilla”, que es la gran labor del Maestro Mateo y sus buenos discípulos, a los que tanto tenemos que agradecer, sigue viva hoy más que nunca en los músicos de nuestra juvenil “Agrupación Santa Cecilia”, a la que tenemos que mimar junto con sus maestros y Argimiro como director, para que Beas siga aportando buenos músicos a la sociedad: ¡Ahí tenemos a nuestro amigo José Pedro!

Terminada la Diana, siendo más de noche que de día, nuestro instinto nos lleva Paseo abajo. Al final de la estrecha calle donde nos encontramos, un soguero sale por una puerta. ¡Están sacando un toro! ¡Es el grande!, se oye decir. El animal sale con ligereza, parándose en la calle. Ha aprendido mucho desde ayer. Los del soguero gritan: ¡Llamadlo “ parriba”. No hay mucha gente en el Angosto. El toro va acudiendo a las llamadas lejanas de personas que se meten en las barreras cuando aún está lejos. Es la manera de subir. El astado, al creerse temido, se da cuenta de su poderío y sube gazapeando con lentitud. El día va clareando. Al llegar a la barrera donde ha visto esconderse a los que lo llamaban en último lugar, arremete contra los bidones, haciéndolos tambalear y, ante su impotencia, estira el cuello para apoyar la cabeza sobre uno de ellos y, torciéndola de rabia, muge con fuerza; el aliento de sus tremendos resoplidos queda convertido en humareda al contacto con él rocío del amanecer, quedando los bidones pegados a la pared, llenos de escalofríos.

Mientras, el soguero ha pasado por una reja que está frente a la barrera de los “Caballistas”. La reja es vieja, más bien pequeña; sus hierros macizos están algo hundidos y doblados. Sólo Dios sabe las reses que allí habrán “amarrado”. Y ahora sí, ahora si se le hace frente al toro, haciéndolo correr calle arriba y abajo, para que los del soguero vayan acortando distancia, hasta que por la fuerza consigan sujetarlo contra la reja. Uno de los de la panda se lanza valientemente el primero a la cabeza del toro, seguido de varios más que lo agarran por su astifina cornamenta. Al sentirse cogida, la “tremenda mole” cabecea peligrosamente y salta de forma endiablada, con sus cuartos traseros soltando alguna que otra coza. Los del soguero aguantan con todas sus fuerzas; saben que su papel es el más importante. La reja, a pesar de sus años, no se ha movido; ha aguantado estoicamente el vendaval. Da la impresión de que por ser la más vieja, está sujeta por las raíces de todos los sanmarqueros. Es la reja de “la Rosala”.

El toro, tras el peligroso forcejeo, termina por quedarse quieto y se dice, que en un estado así, después de la lucha, trasmite su vigor a los que le han podido. Pues hablan de que en esos minutos se siente algo especial difícil de explicar. Aquí, será engalanado con el aparejo, frontil y collar. Al grito unánime de la cuenta de tres, el animal queda suelto y, en medio de aplausos, emprenderá carrera Angosto abajo arremetiéndolo con todo lo que encuentra a su paso. El collar avisará de los peligros y los adornos de su vestimenta serán fieles testigos de que la unión y la fuerza del hombre han sometido a la bestia. Todos al verlo, diremos: ¡HAN CASCADO UN TORO!

En estos últimos años hemos podido asistir a uno de los espectáculos que glorifican el pasado de nuestra Fiesta, haciéndolo realidad en el presente. El hombre del bastón ha vuelto. Su presencia nos trae un significado profundo, viniéndonos a demostrar que la adaptación al progreso no está reñida ni impide conservar la pureza de las grandes tradiciones. Precisamente, pienso, que aquí reside la grandeza de un pueblo. Su indumentaria es la misma que la de aquellos tiempos; también se entiende con sus vacas, que vienen tras él uncidas y hermoseadas con los preciosos atavíos confeccionados para ellas. Sus hijos le siguen y le han ayudado. Durante el paseillo, el pueblo aplaude a rabiar: ¡Antonio, Murciano, Sanmarquero! Sólo tú y tu familia, junto con San Marcos, sabéis los sacrificios que te habrá costado este trabajo. Gracias te doy comoregonero, por habernos hecho sentir y recordar lo que llevamos dentro.

Entrada la mañana nos vamos a remojar el “galillo” con varios tragos de cuerva fresca, acercándonos de esta forma, al mundo de lo pintoresco, del que por cierto la Fiesta aporta por doquier. Entre trago y trago, llegan varios amigos con una bolsa llena de ricos “coletos” del país, mientras se deja escuchar: ¡Oído al corte, señores!, ¡Aquí está! A Alfonso “Marrullas” y a la “Agüela del Molino”, les han tocado dos muñecos pelones en la “Copona”; Seba “Monterilla” y Juanito “Sidiosquiere”, quieren que se los cambien por un reloj de pared. Emilio, Alejandro y Munera hablan de que sería más divertido el que rifaran otra vez el “Mono”. La Peña de José Pablo, Lucha, Alfonso y Felipe Pérez, que vienen de encerrar un toro, se unen al grupo. Un trozo de turrón “revolotea” por los aires de forma suave, teniendo que ser esquivado con algún que otro quiebro para ser recogido finalmente, en un lance de habilidad, por Regino y Manolo, que se machacan al de almendra en un santiamén. En la esquina de la barra, Paquillo Minuesa y Guillermo ríen socarronamente, cuando el bar, que está repleto de gente, se llena de estornudos del pica-pica que hace moquear de forma ligera al que está detrás del mostrador. Entre estornudos, carcajadas y risas salimos del garito, mientras el primo Felipe, Paco, Alberto y los Flores tratan “un gran manojo de espárragos trigueros”.

La gente sube ligera Paseo arriba al oír sonar las campanas. Un bando de palomas cruza el parque dirigiéndose hacia la Iglesia y da vueltas a su alrededor. No hay una sola res en la calle. Se va a celebrar la Función Religiosa en honor de San Marcos y después saldrá la procesión. Las sanmarqueras han puesto todo su arte en arreglar y ornamentar al Santo. Parece como si una mano divina las hubiera guiado para escoger cada uno de los sencillos adornos y ponerlos en el sitio justo y preciso. El tiene especial predilección por ellas y ha derramado su gracia colmándolas de infinitas bendiciones:

—Simpatía y belleza incomparables, que nos hacen respirar vientos de aroma y frescor.

—Con su ropa desenfadada, risas, valentía torera, miedos y aplausos, nos harán sacar a flor de piel la gloriosa casta que engendraron en sus hijos en el sagrado momento de nacer.

—Son las mediadoras de San Marcos, pidiéndole su protección a la vez que, siguiendo sus deseos, preparan nuestros corazones junto con los suyos para el encuentro de amor indescriptible que se produce entre los Hijos de Beas, hecho trascendental de la Historia de nuestro San Marcos, que contribuye a afirmar nuestras raíces.

Terminada la ceremonia, las campanas repiquetean a gloria sin parar. San Marcos el Evangelista sale por la Puerta Grande entre vítores y aplausos de su Pueblo que le grita y lo aclama acompañándolo en su recorrido. No hay calle con tanta gente: mayores, pequeños, hombres, mujeres, danzan y saltan de forma jubilosa. El Valle y sus alrededores rebosan vida. La grandiosidad de lo que se contempla se va transformando en nebulosa que eleva el espíritu a otra dimensión llena de luz. Los bueyes, por no sé qué misteriosa fuerza, arrastran con facilidad la carreta y todo el tren que viene detrás; el cortejo parece como un hermoso prado sembrado de trigo y flores que el viento con su brisa mueve como las olas del mar. Las espigas son los hombres, y las mujeres prestan hermosura y colorido, transformadas en ramilletes de amapolas, margaritas, campanillas y violetas. La imagen del Santo cobra vida y se aprecia que San Marcos se siente orgulloso de su Pueblo. El Apóstol va repartiendo saludos y sonrisas entre la gran multitud, acompañado de música celestial. El pregonero lo está esperando y, a su paso, sube al bidón donde se encuentra sentado; quiere hablarle y conversar, pero está sobrecogido y no se atreve. La bondadosa mirada del Santo le hace decidirse y con voz tímida y temblorosa se dirige a Él para decirle:

P.-¡Hola! Santo San Marcos: buena cosecha de tu pueblo de Beas “ogaño” has recogido.

S.-Tú sabes bien, pregonero, que largo y duro ha sido el “camino”. Demos gracias al Pueblo que siempre estuvo conmigo y aplaudamos a las Juntas que, con sus buenos Presidentes, fueron sembrando y, ahora, todos hemos recogido.

P.-Una cosa me preocupa. ¡Dímela, te lo ruego!, pues mucho me inquieta haciéndome dudar y a veces turba mi pensamiento. Tú que estás en las alturas y recorres otros mundos, dime Santo San Marcos: ¿Dónde están tantos y tantos sanmarqueros, todos ellos queridos, entre los que se encuentra un amigo de la infancia y que en tu día me saludaba para llevarme a su Peña y, juntos, echar un vino?

S.-¡Ay pregonero!, ¿Así estás ya? ¡No los ves a mi lado, y que están también con todos y contigo! Pero te voy a indicar: En las noches de Agosto cuando mi hermano Santiago, allá en el cielo, está mostrando el Sendero, mira hacia las estrellas, pregonero, y entre todas ellas, cada una de las que palpitan: ¡es un sanmarquero!

P.-Veo que llevas un hornazo, ¿quieres darme un poco de ese pan?

S.- ¡Ah, sí! Me lo han dado la Gregoria y “el Joven” para que pruebe el buen hacer de mis horneros, toma un trozo y adiós, que tengo prisa, pues tengo que visitar el Pueblo.

P.- ¡Adiós, Santo San Marcos! y una cosa te ruego de nuevo: sigue protegiendo a Beas y a todos tus sanmarqueros.

S.-¡Hecho está! Pero aclara el mensaje y ve con Dios, Pregonero.

El Santo se aleja, sigue su camino y yo me quedo pensando: ¿Qué habrá querido decirme? ¿Qué mensaje final lleva implícita la Fiesta? Estando aquí con vosotros, las ideas se me clarifican para decir que todos debemos preocuparnos y colaborar; que los más jóvenes sigan enganchándose al carro de la responsabilidad aprovechando la experiencia de los mayores. Ellos son la esperanza de que la Fiesta perdure y el mensaje de su esencia siga vivo para que nuestro querido Beas, a través de los siglos, siga siendo ejemplo y dando fiel testimonio de un Pueblo que sabe vivir en Paz, Amor y Libertad, como lo hace en sus Fiestas de San Marcos.

¡VIVA SAN MARCOS!